

te nos admiraba por la brillantez de su ejecución y Ortega nos entusiasmaba con su marcha *Zaragoza*.

La Sociedad se trasladó á poco á un departamento del exconvento de San Francisco, hoy iglesia protestante, de la calle de San Juan de Letrán.

EL CONSERVATORIO DE MÚSICA.

El pensamiento dominante de la Sociedad Filarmónica, desde su establecimiento en 1866, fué la creación del Conservatorio de Música. El Presbítero Don Agustín Caballero, distinguido filarmónico y digno sucesor de Beristáin, contribuyó á la realización de la idea accediendo al deseo manifiesto de la Sociedad, de que fuese incorporada al Conservatorio, su Academia de Música, establecida en una casa de la calle del Factor. Desde luego, la Sociedad se ocupó en formar el reglamento del nuevo plantel y en nombrar los profesores, eligiendo Director, como un acto conveniente y de justicia, al Padre Caballero. Incorporada además, la Academia de Música que sostenía el Ayuntamiento y dirigía la Srta. Doña Luz Oro-



DON AGUSTIN CABALLERO.

peza, el Conservatorio adquirió vastas proporciones, que, aumentando las necesidades, hicieron indispensable su traslación á otro edificio de conveniente amplitud, lo que pudo llevarse á efecto por la decidida protección que el Gobierno del Sr. Juárez impartió al nuevo Establecimiento, concediéndole para sus útiles trabajos el edificio de la extinguida Universidad. *

* El Presidente de la República, accediendo á los deseos manifestados por la "Sociedad Filarmónica," de esta capital, y deseando cooperar, por su parte, á los esfuerzos que hace aquélla por extender los conocimientos de ese ramo entre todas las clases de la po-

Don Ramón Terreros que mostraba predilección por la música fué uno de los socios que más contribuyeron á los progresos de la Sociedad Filarmónica y del Conservatorio, colaborando asiduamente con los miembros de la Junta Directiva y alentando á los artistas con su ayuda y valimiento. Don Ramón y su hermano Don Manuel, ambos amigos míos, demostraron con sus hechos que habían heredado los bellos sentimientos del primer Conde de Regla, Don Pedro Romero de Terreros. (Véase en el capítulo 2^o, Tercera parte, el Artículo "Real del Monte.")



DON RAMON TERREROS.

El Conservatorio abrió sus clases en el mes de Enero de 1868, ajustándose al programa de la ley de Instrucción Pública expedida el 2 de Diciembre del año anterior, que en lo concerniente á la enseñanza del arte musical, comprendía las siguientes materias: Aparatos de la voz y del oído.—Filosofía y Estética de la Música y biografía de sus hombres célebres.—Estudios de trajes y costumbres.—Pantomima y Declamación.—Solfeo.—Canto.—Instrumentos de arco, de madera y de latón.—Piano, arpa y órgano.—Harmonía y Melodía.—Composición é Instrumentación.

La Sociedad Filarmónica y su Conservatorio siguieron por igual el mismo camino del progreso, y si aquélla, en su primera época, supo atraer á su seno á distinguidas agrupaciones filarmónicas, como las orquestas de la Opera y Santa Cecilia, el Orfeón Alemán,

blación, sin perdonar para ello sacrificio, ha tenido á bien señalar para las reuniones y trabajos de la Sociedad el edificio de la Universidad, con exclusión de sus accesorias, y en el concepto de que se hará la entrega del mencionado edificio tan luego como se trasladen á otro los archivos, muebles y demás objetos que hoy están en él y pertenecen á esta Secretaría.

Independencia y Libertad. México, 25 de Octubre de 1867.—Blas Balcárcel.—Señores Vocales de la Junta Directiva de la "Sociedad Filarmónica."

las bandas militares mexicana y austriaca, dirigida aquélla por Gavira y ésta por Sawerthal, y á todos los amantes de la música, el nuevo plantel conquistó á numerosos grupos de artesanos que constituyeron los orfeones Popular y del Aguila Nacional, formados y dirigidos habilmente por el distinguido pianista Julio Ituarte, con lo que se adquirió el doble resultado provechoso de dar honesta distracción á la clase trabajadora de nuestra sociedad y de dotar al Conservatorio de grandes masas corales, que tan útiles debieran serle en sus futuras y grandiosas funciones líricas.



JULIO ITUARTE.

Las cuotas mensuales de los socios protectores apenas alcanzaban para los gastos indispensables de la Sociedad y de su Conservatorio, cuyas exigencias se hacían mayores con el aumento de las clases literarias que se creyó necesario establecer como preparatorias para el arte de la Declamación, y de otras que se instituyeron con el fin de dotar á la mujer de otros conocimientos que les fueran favorables en los casos adversos de su carrera artística. Si los socios que así cuidábamos de los intereses esenciales del Conservatorio, como de los particulares de la mujer, mirando á su porvenir, nos engañamos traslimitando la instrucción que en aquél debiera darse, sirvanos de disculpa el hecho de no existir entonces los adelantados planteles que para la educación de las jóvenes hay establecidos hoy en la Capital, así como nuestra conducta al servir las clases, todos los profesores por igual, sin remuneración alguna, hasta que, después de algunos años, el aumento de fondos que la Sociedad adquirió con el establecimiento de la Lotería del Conservatorio, que es hoy la de Beneficencia, y con la subvención decretada por el Congreso, pudieron dotarse las clases diarias con \$30 mensuales y las terciadas con \$20, y aun así, no se satisfacían con regulari-

dad tan cortos sueldos, lo que no era un obstáculo para que aquéllas fuesen desempeñadas con toda exactitud.

Los adelantos de la Sociedad y del Conservatorio llegaron á su apogeo en 1873, contando aquélla 101 socios protectores, 57 socios profesores, 134 aficionados, 9 artistas, 98 literatos, 28 corresponsales y 14 socios de mérito, y éste 43 profesores, 763 alumnos, 260 alumnas y más de 300 artesanos del Orfeón Popular y de la Aguila Nacional.

LA BOHEMIA LITERARIA.

En aquellos felices tiempos, algunos literatos de buen humor formaban una simpática agrupación con el nombre de "Bohemia Literaria," la cual encabezaba el nunca bastante sentido Ignacio Altamirano á quien con justos títulos todos afectuosamente llamábamos el Maestro. En ese grupo figuraban



IGNACIO ALTAMIRANO.

Chano Sierra, que desapareció de entre nosotros en la flor de su edad y de su talento; Guillermo Prieto, el Romancero Nacional; Manuel Peredo, á quien, por sus bien escritos y sabrosos artículos, llamábamos con cariño *Cervantes el de acá*; Pepe Rosas, el inspirado cantor de los niños; Luis G. Ortiz, el dulce trovador de las damas; Manuel Flores, glorificador del amor apasionado; Facundo, el típico narrador de costumbres nacionales; Lorenzo Elízaga, el escritor satírico; Joaquín Téllez, el vate jocosos; Manuel Acuña, poeta de gran aliento, pero decepcionado, que en algunas de las sesiones del "Liceo Hidalgo" dejó traslucir el pensamiento fatal que acariciaba; Agapito Silva, Julián Montiel y Ramón Rodríguez Rivera, poetas líricos; Alfredo Torroella, hermosa ave de paso, y algunos otros más.

De aquella falange literaria viven aún Jus-

to Sierra, Alfredo Chavero, Pepe Peón Contreras, Franz Cosmes, Francisco Sosa, Enrique de Olavarría, Eduardo Zárate y Maximiliano Baz. Este y su hermano Gustavo (Calebán) fueron dos queridos discípulos que tuve en el colegio de clases preparatorias que establecí



JOSE ROSAS.



GUILLERMO PRIETO.



DR. MANUEL PEREDO.

en 1866, en la calle del Refugio, juntamente con los profesores Doctor Vera, Bernardino del Raso, Luis Malanco, Guillermo Rhode (padre), Arturo Ricardí, Fernández de Córdoba, Agustín Marquet y otros. Dichos jóvenes, casi unos niños, eran considerados como los



GUSTAVO BAZ.



SANTIAGO SIERRA.



MAXIMILIANO BAZ.

Benjamines de la familia bohemia, y reputados como los genios de la travesura, que sabían distribuir su tiempo entre sus estudios y sus diabluras, de tal magnitud éstas, que hubo de prohibírseles la entrada en los foros de los teatros, pues estando en ellos Maximiliano y Gustavo Baz, era seguro que

la sombra de Nino venía al suelo para demostrar con su porrazo que era un cuerpo humano y no tal sombra, ó bien las estatuas del Comendador y Don Luis Mejía, de hinojos en sus pedestales, adquirían movimientos epilépticos, no pudiendo resistir los enharinados mu-

chachos que los representaban, las cosquillas que el ligero roce de unos popotes les producían en las plantas de los pies.

Convenales á todos aquellos escritores el nombre de bohemios, no porque fuese su vida errante y extremada su pobreza, sino por el

arte que poseían para ganarse las voluntades y por el lazo fraternal que los ligaba, no siendo extraño ver entre ellos á ilustres periodistas, como Don Anselmo de la Portilla; actores distinguidos, como Eduardo González, Guasp de Peris, Muñocito y el eminente Don José Valero; grandes artistas, como Enrique

Tamberlick y Luis Gassier, y entendidos diplomáticos, como el Ministro de España Don Feliciano Herreros de Tejada y su Secretario Don Justo Pérez Ruano.

Actores y artistas eran parte integrante de la "Bohemia," la que animaba con su presencia las representaciones dramáticas, como los diplomáticos animaban con la suya las veladas y reuniones de los bohemios.

A las espléndidas veladas en las casas de Luis G. Ortiz, * Altamirano, Agustín Lozano, Joaquín Alcalde, Francisco Pimentel, Riva Palacio, Martínez de la Torre, Chavero, Ignacio Ramírez y Agustín Siliceo, Schiaffino y "Asociación Gregoriana." siguiéronse las que los mismos bohemios celebraron en el Conservatorio de Música, dando mayor interés con sus lecturas en prosa y en verso á los conciertos periódicos de la Sociedad.

Donde brillaban las letras resonaban los alegres acordes de la música ó los acentos de una recitación perfecta. Si Valero nos convocaba á un Salón de Iturbide, la conversación se animaba luego con la inimitable verba de Altamirano, los dichos agudos y oportunos de Peredo y las jovialidades de Justo Sierra, Luis G. Ortiz, Enrique de Olavarría y Pepe Rosas. Momentos deliciosos eran aquellos en que Valero ponía á prueba su rica imaginación, su gran memoria y su facultad imitativa, cualidades por las cuales pasaban revista ante nosotros eminentes actores, como Carlos Latorre, Fernando Osorio, Julián Romea, Ventura de la Vega, autor y actor como Molière, y el actor francés Federico Lemaitre.

Otras veces nos reunía bajo la fresca sombra de las frondosas arboledas del Tivoli de San Cosme el buen amigo y caballeroso Tamberlick, el mimado, por la excelencia de su arte, de la inteligente sociedad mexicana, y el amado, por su excelente corazón, de la turba de muchachos que, aclamándolo siempre, lo acompañaba de su morada al teatro y de éste á su morada. En ese ameno lugar saboreábamos, más que los exquisitos manjares, la interesante relación de la vida artística del gran cantante, entre cuyas peripecias contábase

* Véanse las *Revistas Literarias* de México, por Ignacio Altamirano, 1868 y la *Reseña Histórica del Teatro en México*, por Enrique de Olavarría.

algunas excentricidades del excelso Rossini, quien, al fin, le permitió que diese el famoso *dó* de pecho y el *ré bemol* en las óperas que quisiese, gracia otorgada en virtud del hermoso timbre y grande extensión de aquellas notas, oportunamente lanzadas en el *Guillermo Tell* y en el *Otello*. De la relación de su vida artística pasaba Tamberlick á las dulces expansiones de alegría, enaltecía á la Peralta y entonaba hermosas cantilenas napolitanas y sicilianas, que alternaban con las graciosas canciones francesas de Gassier, quien, para acompañarlas, sacaba raros sonidos de un cristal, fuertemente restregado con la contera de un bastón. El acto terminaba imitando el mismo Gassier, con admirable precisión, los fuegos de artificio. Subido en una mesa, nos decía con extraordinaria gracia: *Voilà le soleil qui arrive*, y en esos momentos sus dos brazos adquirían movimientos giratorios muy rápidos, oíase el ruido de la pólvora al hacer girar las ruedas, ya en un sentido, ya en otro, y tras de breve pausa, escuchábanse simultáneamente los bombazos, que eran producidos por los golpes secos que, á puños cerrados, dábese en el pecho y en las espaldas. Este fué el gran artista que, al lado de Tamberlick, nos deleitaba, desempeñando admirablemente el papel de Yago en el *Otello* y el de Fígaro en el *Barbero de Sevilla*, ambos papeles en que no se le conocían rivales. *

La fraternidad y el buen humor reinaba en todas las reuniones de los bohemios; mas debo hacer especial mención de las que tenían lugar en las alegres noches de Navidad y en el último día del año, unas veces en la casa de Nacho Altamirano y otras en la de Cuellar. Convertíase la sala en templo del arte para la recitación de las composiciones en prosa y verso y para la ejecución de piezas de canto é instrumentales, y trasformábase el comedor, por el poder y gracia de Villasana, en una galería de caricaturas espirituales, en las que se

* La admirable partitura de Rossini "El Barbero de Sevilla" ha sido ejecutada en México magistralmente. En nuestro Gran Teatro, cuya destrucción no pocos lamentamos, brillaron dulcísimas Rosinas como Enriqueta Sontag, Angela Peralta y Adelina Patti; eminentes Condes de Almaviva, como Salvi y Enrique Tamberlick; inimitables Fígaros como Cesar Badiali y Gassier y un Don Basilio como el gran Marini.

reconocían, á primera vista, los rasgos característicos del "Nigromante," "Cervantes el de acá," el "Angel del porvenir," el Viejo Ramírez y de los bohemios más preminentes. En reuniones como éstas leyéronse las composiciones que forman el hermoso *Album de Navidad*, 1871; el *Fin del año*, de Peredo, y otras por el estilo.

La Bohemia fué la que estableció las Veladas literarias, fundó el ameno é instructivo semanario *El Renacimiento* y tomó activa participación en todas las festividades de la "Sociedad Filarmónica" y del Conservatorio de Música.

Las Veladas literarias ejercieron gran influencia en el movimiento intelectual del país, como la ejercieron en 1836 y 1850



LUIS G. ORTIZ.

la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo. El progreso por ellas adquirido, tuvo su más brillante manifestación en estas reuniones fraternales á que se dió el nombre de *Veladas literarias*, que nacieron en 1867. Una reunión en el hogar del poeta Luis G. Ortiz para la audición de un drama de Enrique Olavarría, y la que siguió en la casa del literato Ignacio Altamirano, preparada para honrar á nuestro bardo Guillermo Prieto, fueron el origen de una serie de Veladas, en cuyos actos se hicieron admirar verdaderas joyas de la literatura nacional, y brillaron nuestros principales ingenios. Esas veladas tenían efecto semanalmente y por turno, en las casas á que expresamente eran invitados los literatos, como las de Martínez de la Torre, Riva Palacio, Schiafino y otras que competían por la esplendidez con que eran agasajados los concurrentes. Los literatos de los Estados enviaban sus composiciones para ser leídas en las veladas, por lo que se ve que la influencia de éstas fué general.

De la unión tan estrecha entre filarmónicos y literatos provino el que las dos agrupaciones se considerasen formando un solo cuer-

po, razón por la cual el Liceo Hidalgo, bajo la presidencia del famoso Nigromante, Don Ignacio Ramírez ó de Don Francisco Pimentel, celebraba

sus sesiones en un departamento del Conservatorio de Música. Verdaderamente notables fueron las discusiones promovidas y sostenidas, particularmente por ambos literatos, á quienes ligaba el talento pero los separaba la manera de razonar, pues en tanto que Pimentel, según ha dicho uno de sus biógrafos, "era un crítico que podrá llamarse didáctico, pues demostraba para enseñar convenciendo, fiel siempre á las doctrinas de las autoridades reconocidas por todos, se recreaba en la verdad cuando creía haberla encontrado, Ramírez mejor que crítico, era un gran satírico, espíritu volteriano que ardía en ansias demoleadoras, sin deseos de reconstruir nunca; de todo se burlaba y aparentaba no creer en nada."



IGNACIO RAMIREZ.



FRANCISCO PIMENTEL.

CONSERVATORIO DRAMATICO.

El día 29 de Septiembre de 1868 Don José Valero, al terminar su primera temporada dramática en la Capital, inauguró solemnemente en el Salón de Actos del Conservatorio de Música el Dramático, siendo presidida la sesión por él y por Aniceto Ortega, fungiendo de secretario Manuel López Meoqui y de prosecretario Justo Sierra. Todos los bohe-

mios recibieron sus diplomas de socios fundadores, á la par que los artistas que residían en la Capital. El acto fué amenizado con un concierto, en que tomaron participación las distinguidas cantantes de la "Sociedad Filarmónica" Josefa y Jesús Contreras, Concepción Carrión, Adela Masa, María de Jesús Martínez de Martel y Soledad Vallejo y los pianistas León, Ortega é Ituarte, cuyas piezas alternaban con las que ejecutaba la orquesta de "Santa Cecilia," y dió término con el Himno de Riego, en honor del Sr. Valero.

Este insigne actor que, en su segunda temporada, 1873, no contaba con un buen teatro para trabajar, llevóse en pos la mejor sociedad de México al entonces jacalón denominado Teatro Hidalgo, y en el cual rodeado, como siempre, de sus admiradores y sinceros amigos, trabajó con entusiasmo, deleitándonos con el magistral desempeño de las mejores piezas de su vasto repertorio. Propúsose entonces radicarse en México, y á ese fin hizo una indicación que, de haberse admitido, habría producido al Teatro Mexicano opimos frutos. La proposición que transmitió el que esto escribe al Subsecretario de Justicia é Instrucción Pública, fué la de que tanto el Sr. Valero como su señora, la discreta actriz Salvadora Cairón, no abandonarían la Capital si se les nombraba profesores del Conservatorio Dramático con la corta remuneración, cada cual, de cien pesos mensuales, la que, unida á los productos de su profesión en el teatro, ambos creían suficiente para cubrir sus necesidades. La proposición apenas fué escuchada y no atendida, Valero partió con su buena



DON JOSE VALERO.

Compañía y nuestra culta sociedad quedó entregada á las delicias del *Cancán*.

Era Valero un actor genérico inimitable, pues con la misma perfección desempeñaba el Maestro de Escuela, El Domine Consejero y

Los Dominós Blancos como el Alcade de Zalamea, El Avaro, Luis Onceno, Guzmán el Bueno y Ricardo Darlington. Si como Director era extremadamente severo con los actores y sirvientes de su Compañía, fuera del teatro era con ellos inmejorable amigo. Cuidaba tanto de la propiedad de la escena como del buen porte de los actores, fijándose de preferencia en la entonación y diferentes inflexiones que debía dar á la voz, de conformidad con las situaciones del drama, para hacer resaltar más las escenas palpitantes. Felicitaba yo cierto día á la discreta Salvadora Cairón por el exacto desempeño de la última escena del Ricardo Darlington, porque la ficción igualaba á la realidad, y me contestó: No es fingida mi precipitada fuga en tal escena, sino real, porque verdaderamente en tal situación me infunde miedo mi marido.

Convencido estaba Valero de su mérito, y como era merecido, podían disculpársele ciertos rasgos de presunción que ponía de manifiesto con sus amigos cuando le hacíamos notar las pésimas condiciones y la pobreza del teatrillo en que iba á representar, por no poder hacerlo en los mejores teatros, á causa de estar actuando en ellos otras compañías, diciéndonos: Donde vaya Valero allá irá el público, ya sea el escenario de un teatro ramplón, ya sea el forillo de mala muerte armado en medio de una plaza; más lo cierto es que tal hecho, tuvo su comprobación, pues el teatro Hidalgo, que distaba mucho de ser lo que es hoy, tuvo lleno completo con lo más escogido de la Sociedad mexicana, al llamamiento de Valero.

ACTOS SOLEMNES DE LA SOCIEDAD.

REPRESENTACION DE LA "NORMA."—La famosa y sentimental *Norma*, ópera de Bellini, nunca dejará de ser una obra maestra, á pesar de las excelencias de la música moderna. Su inspirado autor vertió en ella torrentes de inefables melodías y frases delicadas y conmovedoras, de acuerdo con las apasionadas situaciones del drama. Fieles intérpretes de la sublime partitura, en lo concerniente al expresivo canto, Lablache, Rubini, Donzelli, la Pasta, Glulia Grisi y la Malibrán, en Europa;